

VENEZOLANO UNIVERSAL: SAN JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ Y SU APOORTE A LA FILOSOFÍA, LA CIENCIA Y LA FE EN AMÉRICA LATINA

Dr. Manuel Azo Piña

Universidad Nacional Experimental del Yaracuy
San Felipe, Venezuela

Email: mazo@uney.com.ve

<https://orcid.org/0009-0000-8594-4876>

Resumen

El objetivo principal del presente estudio es reconocer las contribuciones de San José Gregorio Hernández a la filosofía, la ciencia y la fe, con especial atención en Latinoamérica, como síntesis armónica que nutre el alma y la razón. En este sentido, se examina su vida, obra y legado, que trazan los logros visibles y sirven como ejemplo de universalidad. Para tal fin, se adoptaron elementos teóricos basados en testimonios, entre ellos el Papa Francisco (2023), y en la tradición devocional; la metodología abordada consistió en una revisión bibliográfica, cualitativa y hermenéutica. Se llegó a las siguientes reflexiones finales: Desde la filosofía, Hernández muestra que la reflexión sobre el ser no es únicamente un ejercicio teórico, también es una guía práctica para vivir con ética y sensibilidad, promoviendo la dignidad humana en cada acción cotidiana. En el campo de la ciencia, refleja cómo el conocimiento técnico, impregnado de humanidad, se puede transformar en un acto de servicio, promoviendo la innovación en microbiología, histología y fisiología en Venezuela, y formándose como un pionero que cambió los métodos de enseñanza y práctica médica. La ciencia, para Hernández, no era solo técnica, también era un camino para aliviar el sufrimiento y potenciar la capacidad humana, fundamentando la salud en valores éticos y humanistas. En cuanto a la fe, su espiritualidad activa y comprometida no se quedó en una creencia pasiva, sino que impulsó acciones concretas de misericordia y cuidado, demostrando que la fe auténtica es un motor de transformación social y personal.

Palabras clave: *filosofía, ciencia y fe.*

Recibido: 16/06/2025

Aceptado: 04/05/2026

Revista In Situ/ISSN 2610-8100/Vol. 9 N°9/ Año 2026. San Felipe, Venezuela/ Universidad Nacional Experimental del Yaracuy, pp. 435 - 446

UNIVERSAL VENEZUELAN: SAINT JOSE GREGORIO HERNANDEZ AND HIS CONTRIBUTION TO PHILOSOPHY, SCIENCE AND FAITH IN LATIN AMERICA

Abstract

The primary aim of this study is to acknowledge the contributions of Saint José Gregorio Hernández to philosophy, science, and faith, with particular attention to Latin America, as a harmonious synthesis that nourishes both the soul and reason. In this regard, his life, works, and legacy are examined, highlighting visible achievements and serving as an example of universality. For this purpose, theoretical elements based on testimonies, including Pope Francis (2023), and devotional tradition were used; the methodology comprised a bibliographic review, qualitative and hermeneutic in nature. The final reflections concluded that, from a philosophical perspective, Hernández demonstrates that reflection on the being is not merely an abstract exercise but a practical guide for living ethically and sensibly, promoting human dignity in everyday actions. In the field of science, he reflects how technical knowledge, infused with humanity, can be transformed into an act of service, promoting innovation in microbiology, histology, and physiology in Venezuela, establishing himself as a pioneer who changed teaching methods and medical practice. For Hernández, science was not just technical but a pathway to alleviate suffering and enhance human capacity, grounded in ethical and humanistic values. Regarding faith, his active and committed spirituality was not a passive belief but motivated concrete actions of mercy and care, demonstrating that authentic faith is a driver of social and personal transformation.

Keywords: *philosophy, science, faith.*

Visión preliminar

Contemplar la figura de San José Gregorio Hernández Cisneros, en su dimensión más profunda, es adentrarse en un universo de significados que va más allá de la devoción popular o de los milagros por los cuales ha sido venerado. El Doctor Hernández representa, en muchas maneras, una especie de símbolo viviente de la identidad latinoamericana, esa que combina, en un mismo acto, la fe, la ciencia y la ética. Y es que, en un continente donde las historias de dolor y esperanza convergen todos los días, su figura se levanta como un faro que pide ser interpretado desde distintas perspectivas. No es solamente un santo, es un paradigma de cómo la vida puede unificar elementos aparentemente dispares en una síntesis armónica que nutre el alma y la razón.

Este ensayo busca reconocer las contribuciones del Dr. José Gregorio Hernández en los campos de la filosofía, la ciencia y la fe, con especial atención en el contexto de Latinoamérica. La idea es comprender mejor cómo su vida y obra han dejado un legado que ha derribado claramente las barreras entre la espiritualidad y el conocimiento racional. Además de celebrar su canonización el 19 de octubre de 2025, su figura invita a un diálogo profundo entre la filosofía, la ciencia y la religión en el desarrollo de una mente humana integral y transformadora.

Nacido en Isnotú, estado Trujillo, Venezuela, el 26 de octubre de 1864, viajó a Caracas, para estudiar medicina y Según Briceño-Iragorrry (2005, p.1), el Dr. Hernández:

Se doctoró en Medicina en la Universidad Central de Venezuela el 29 de junio de 1888; en esos días en presencia del Rector, como era costumbre sacó dos temas o ponencias que luego debía de desarrollar ante un jurado examinador, estos fueron 1º) La doctrina de Laennec, que asienta la unidad del tubérculo, frente a la escuela de Virchow, que sostiene la dualidad; y 2º) La fiebre tifoidea típica de presentarse en Caracas, es solo excepcionalmente. Curiosamente estas estaban relacionadas con enfermedades bacterianas, campo en el cual se verá centrada su profesión médica ulteriormente, ya que es considerado el fundador de la bacteriología en Venezuela.

En ese mismo acto, según Núñez (1924), el Rector de la Universidad, al entregarle el título, le dijo: “Venezuela y la Medicina esperan mucho del Dr. José Gregorio Hernández”. Pero, esta historia va más allá de los títulos y las ponencias; aquellas experiencias tempranas muestran a un hombre que, desde joven, se entregó a entender lo pequeño para poder transformar lo grande. Y quizás, en esa dualidad entre lo técnico y lo humano, yace buena parte de su alma: la pasión de quien busca en la ciencia un camino para ofrecer esperanza.

De la misma manera, su legado invita a pensar en un espectro amplio de valores que todavía parecen en riesgo de perderse en el caos contemporáneo: la humildad, el compromiso, el amor activo y la búsqueda constante por entender la comunidad en un sentido profundo. Hernández no puede ser definido exclusivamente por ser un médico que sanó cuerpos, también fue un pensador profundo en la medida en que su ejemplo revela una filosofía que dialoga directamente con las urgencias del presente latinoamericano: una filosofía que se construye en la acción, en la cercanía y en la entrega desinteresada. Es en esa línea donde debe entenderse su aporte a la tradición filosófica regional, a la ciencia y a la fe, no como un mero acto simbólico, sino como un fundamento vivo de una visión humanista, que busca integrar cuerpo y espíritu en un solo acto de amor y conocimiento.

Aportes a la filosofía

Las ideas presentes en la vida y obra del Dr. José Gregorio Hernández trascienden los límites de la tradición académica y se plasman en una filosofía popular y tangible que conecta con las necesidades y emociones cotidianas. En sus acciones se revela un enfoque filosófico profundamente antropocéntrico, donde la ética es un ejercicio teórico y un acto cotidiano de presencia. Su forma de abordar su profesión con un compromiso que parecía más un don que un deber, invita a la reflexión sobre lo que significa poseer verdaderamente el conocimiento y qué sucede si no se adhiere a un código ético que prioriza la dignidad humana.

Los principios que dejaron marca en su vida muestran una filosofía del amor en acción. La ciencia, en su caso, se convertía en un puente con la fe, una herramienta para aliviar el sufrimiento y al mismo tiempo, un acto de espiritualidad. La ciencia de Hernández no era fría ni distante, sino una forma de comprender la belleza de la vida y su fragilidad; la percepción de que la ciencia puede ser un acto profundamente espiritual se torna aún más relevante en un contexto latinoamericano, donde las desigualdades acentúan el sufrimiento y donde la ciencia todavía lucha por su reconocimiento y su plena integración en las soluciones sociales. Sin embargo, este humilde científico de fe, entendía que cada diagnóstico, cada acto de curar, tenía un trasfondo filosófico: un acto de amor en el que la moral y la ciencia convergían para mejorar la condición humana.

Su ejemplo también refleja una filosofía que valora la humildad intelectual y moral. En un mundo donde la fama y la innovación a menudo parecen ser las únicas métricas de éxito, el Doctor Hernández nos recuerda que la verdadera sabiduría radica en la sencillez, en la capacidad de escuchar y de entregarse sin condiciones. La filosofía que emana de su vida no es solo reflexión, sino acción; no son solo palabras, sino gestos que sanan y transforman. Sus acciones, muchas veces, mostraron que el conocimiento, cuando se comparte con amor, puede convertirse en un acto sagrado. Así, su vida afirma que la filosofía, además de estar plasmada en libros o en discursos complicados, debe hacerse viva en la manera en que actuamos en nuestro diario transitar, en cómo enfrentamos las dificultades diarias y en cómo mostramos empatía por el sufrimiento del otro.

Definitivamente, la figura de José Gregorio Hernández es un espejo en el que muchos latinoamericanos pueden verse reflejados. La región, con toda su riqueza cultural y espiritual, necesita reforzar esa tradición filosófica que no se aleja de la vida pública, sino que la enriquece. La filosofía en su versión más verdadera no consiste únicamente en pensar en lo abstracto, sino en hacer del vivir una práctica ética. Él, en esa línea, realizó una praxis filosófica en cada acción: en su vocación, en su entrega y amor por la humanidad. De alguna forma, su vida nos desafía a reconsiderar qué significa realmente ser un filósofo en el siglo XXI, en un mundo que clama por la recuperación de su sensibilidad y su sentido moral.

Para profundizar en esta faceta del Dr. José Gregorio Hernández, resulta fundamental recordar su obra *Elementos de Filosofía* (1912). No estamos frente a un tratado académico convencional; más bien, es un testimonio honesto de un hombre que, siendo médico, científico y creyente, tuvo la valentía de pensar el mundo desde dos dimensiones que suelen parecer dispares: la hondura del espíritu y la profundidad de la razón. En un país atravesado por una estabilidad política aún frágil, bajo el yugo de Juan Vicente Gómez, Hernández logra dar un paso audaz, se distancia del discurso técnico, más pragmático y funcional, y se sumerge en las aguas profundas del pensamiento filosófico con una curiosidad que sorprende y una intención muy clara: ofrecer claridad en medio del caos, una guía que impulse a pensar con orden, con sentido y un toque de trascendencia.

Es interesante notar que, en Venezuela, allá por los primeros años del siglo XX, hablar de filosofía parecía casi una excentricidad, el ambiente intelectual giraba alrededor de la política y la historia, con una presencia más difusa de las ciencias naturales. Que un médico, reconocido por su rigor científico, decidiera publicar un libro dedicado a temas filosóficos fue recibido con cierto asombro. Él buscaba algo más que una publicación: una especie de faro, una herramienta pedagógica que ayudara a ordenar el pensamiento y a explorar los grandes misterios de la existencia con un enfoque que fuera, al mismo tiempo, accesible y profundo.

La estructura del libro refleja esa intención educativa; está dividido en tres grandes apartados: psicología, metafísica e historia de la filosofía. Cada sección revela una sensibilidad particular, una mirada que se niega a conformarse con superficialidad. En la primera, Hernández centra su atención en el alma, esa entidad que para él no es solo una cuestión de laboratorio, sino un misterio sin resolver. Y, en esa mirada, hay un claro eco aristotélico, pero también, la huella intensa del pensamiento cristiano. El alma venezolana, escribe, es esencialmente apasionada por la filosofía. Y lo hace con una claridad que, por momentos, recuerda más a una confidencia que a un tratado académico. Esa cercanía humana y la honestidad en su reflexión, permiten que en sus palabras se respire una verdadera empatía con quien lee.

Luego viene la sección de la metafísica, que exige más atención y paciencia. Hernández navega en ese mar de preguntas imprescindibles: ¿Qué es el ser? ¿Qué significa realmente existir? ¿De qué manera lo necesario se relaciona con lo contingente? Más allá de su fe, su pensamiento no busca imponer verdades, sino mostrar caminos. Es como si encendiera una lámpara en medio de la noche, sin tratar de iluminar todo, sino dejando que cada uno vea lo que pueda. Su actitud de apertura y humildad intelectual, hace que sus palabras tengan una fuerza tranquila que invita a la reflexión profunda.

En la última parte, la historia de la filosofía, Hernández hace un recorrido muy respetuoso por la evolución del pensamiento occidental, abarcando desde los filósofos presocráticos hasta los escolásticos, sin interés alguno de convertirlo en una lista de nombres y fechas. Lo realmente importante para él es captar la esencia, la pregunta que impulsa a cada pensador, ese impulso que enciende su obra. Y en ese recorrido, se percibe que no está únicamente revisando hechos históricos; más bien, está dialogando con los principales maestros del pensamiento occidental, en un nivel de sensibilidad y discernimiento que revela su verdadera vocación: aprender y enseñar en esa misma enseñanza.

Lo que hace que *Elementos de Filosofía* sea especial, no pisa en la innovación teórica, que no puede considerarse su fuerte, sino en su calidez. Sus páginas transmiten una cercanía, una honestidad que traspasa la barrera de lo académico y llega al corazón. Hernández no filosofa por puro ejercicio intelectual; piensa porque siente, porque le duele el mundo, porque ama profundamente al ser humano. Cree, sin añadir falsas modestias, que la verdad no es un lujo reservado a unos pocos, sino un bien que todos deberíamos buscar con urgencia.

Eso, por más que se diga en voz baja, se percibe en cada capítulo. En cada definición, en cada reflexión, hay una preocupación ética; una ternura que casi llama. Su filosofía no es abstracta y fría, es cercana, palpablemente humana. Toca la vida en sus lugares más profundos y se deja acompañar por ella. No

teme hablar del alma, ni del bien, ni de Dios, incluso en tiempos en que esas palabras comenzaban a sonar incómodas en ciertos círculos académicos y culturales, Hernández tiene esa capacidad de conectar lo espiritual y lo racional sin forzar las conexiones, dejando que cada idea florezca en su espacio, en su tiempo y en su forma.

A más de cien años de publicado, Elementos de Filosofía todavía tiene algo que decirle a quien se detiene a escucharlo. En un mundo saturado de información rápida, de datos que parecen reemplazar al sentido, la mirada de Hernández aparece como un susurro que invita a volver a las preguntas esenciales. La propuesta de pensar con el corazón, de unir la razón con la fe, la ciencia con lo trascendente, aún resuena con fuerza. Si algo revela esa obra es que, en medio del ruido y la confusión, resulta urgente mantener abiertas esas conexiones, porque en ellas puede estar la clave de una existencia más consciente y plena. En sus páginas se respira una honestidad intelectual que conmueve. La sinceridad y nobleza de espíritu que impregnan el texto, hacen que valga la pena leerlo con paciencia y apertura. En estos días de superficialidad y escepticismo, un texto que hable desde la autenticidad, desde la verdad racional y la ternura ética, resulta un faro muy valioso.

Aportes a la Ciencia

La canonizada figura del Dr. José Gregorio Hernández, va mucho más allá de su fama de médico de los pobres o laico comprometido, fue un científico riguroso y un académico extraordinario, considerado como un pionero en los avances de la medicina moderna de Venezuela y América Latina; sus aportes, aunque envueltos, casi que inevitablemente, en un halo de espiritualidad, se sostiene sobre las bases de aportes concretos que transformaron las ciencias médicas. Su recorrido por Europa le permitió regresar con un conocimiento de vanguardia en microbiología, histología, fisiología experimental y bacteriología y, tras años de formación en París, Berlín y Madrid, regresó a Venezuela con instrumentos médicos, para ese entonces desconocidos en su país natal, entre ellos, el primer microscopio moderno que pisó suelo venezolano.

Con esta acción, aparentemente cargada de tecnicismo, declaró sus intenciones, hacer que en su país entraran aires de una nueva era científica, y él estaba dispuesto a realizar los esfuerzos necesarios para que esto se produjese; Por ello logró ser miembro de la Academia Nacional de Medicina en junio de 1904, electo para ocupar el Sillón XXVIII, como miembro Fundador, fue uno de sus 35 primeros Miembros, y su influencia se siente en la forma en que se enseña, se investiga y se practica la medicina en el país, instaló el primer laboratorio de fisiología experimental en Caracas, un espacio que sirvió para la docencia y la investigación. En este mismo espacio formó generaciones de médicos bajo nuevas perspectivas lógicas: La medicina moderna debía basarse en la observación rigurosa, el método experimental y la evidencia. No era poca cosa en una Venezuela donde la medicina aún arrastraba prácticas empíricas y supersticiosas.

Asimismo, en la Universidad Central de Venezuela (UCV), fundó y dictó cátedras que hasta entonces no existían, es el caso de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental, Bacteriología. Varias asignaturas en una sola cátedra, dictadas por un solo hombre, esto representa un acto de erudición y de entrega. Fue el primero en introducir el microscopio como herramienta cotidiana en la enseñanza médica venezolana; el primero en cultivar bacterias en

laboratorio; el primero en aplicar la vivisección como método experimental. Y, quizás más importante aún, el primero en formar discípulos que continuarían su legado.

En este sentido, Giacopini (2014) enfatiza en que:

Como docente, se caracterizó por dar a comprender la importancia de su aula, demostrando tener un dominio de sus conocimientos y una gran autoridad fundamentada no solo en el conocimiento sino en sus sólidos principios éticos y morales. Él consideraba que para ser un buen médico y docente había que estar, al tanto de los avances de la ciencia, por lo que en su biblioteca no faltaban los libros y revistas más actualizadas de países como Francia, Alemania y otros.

Esta aseveración, resalta un aspecto que no siempre recibe la atención merecida al hablar de Hernández, su carisma como docente y la autoridad que emanaba en su aula, esta autoridad que no surgió de la nada, sino que estuvo cimentada en su profundo conocimiento y en su firme ética, la emoción contenida en sus palabras, unido a su dominio absoluto de los conocimientos, lograba que quienes lo escuchaban se sintieran inspirados e impregnados por esa pasión por la ciencia y el compromiso ético que lo sostenía.

Ahora bien, como parte de los aportes de José Gregorio Hernández a la Ciencia, el Ministerio del Poder Popular para la Cultura de Venezuela (2022, p.1), en una publicación señala lo siguiente, con respecto a sus obras:

En 1906, apareció “Elementos de Bacteriología”, primer texto de esta materia publicado en Venezuela; en “Sobre la angina de pecho de naturaleza palúdica” describió, por primera vez en el mundo, esta afección, así como su correcta patogenia. Trabajó sobre el recuento globular, la bilharziosis, nefritis amarílica y terapia de la tuberculosis por el aceite de chalmoogra. En 1912, publicó Elementos de filosofía.

Efectivamente, en 1906, publicó el primer compendio de bacteriología escrito en Venezuela, reeditado en 1922, este texto sistematiza conocimientos microbiológicos aplicados a la medicina y contextualiza a un país tropical, con enfermedades propias y desafíos particulares. Este libro, en Venezuela, representa, indudablemente, uno de los primeros intentos sistemáticos por consolidar el conocimiento bacteriológico en un formato accesible, riguroso y pedagógicamente eficaz. A propósito de esto, la Sociedad Venezolana de Microbiología, con las letras de Vidal (2014, p.1), expresó “En nuestra sociedad científica estamos interesados en reivindicar la figura de José Gregorio Hernández como el médico científico, renovador de la medicina en Venezuela” de esta manera, se busca rescatar su legado como médico innovador y fortalecer la identidad científica venezolana.

Al abrir las páginas de Elementos de bacteriología, no se evidencia un tratado frío ni una mera recopilación de datos, lo que se percibe es la voz de un maestro que enseña con fervor, que cree en lo que transmite; en el texto, como autor acucioso, no se limitó a describir microorganismos, los contextualizó, los explicó con una claridad que delata su dominio del tema y su deseo profundo de formar médicos capaces de pensar. Su estructura posee una lógica que, aunque sencilla, es profundamente eficaz: parte de los fundamentos, la morfología bacteriana, los métodos de tinción, los medios de cultivo y avanza hacia las aplicaciones clínicas, como el diagnóstico de enfermedades infecciosas y el uso

de sueros terapéuticos. Pero lo más notable es cómo logra entrelazar la teoría con la práctica, como si cada capítulo fuese una conversación entre el laboratorio y el hospital.

De igual manera, la obra “La angina de pecho de naturaleza palúdica” (Academia de Mérida, 2020, p.43), describió por primera vez una afección cardíaca vinculada a la malaria, algo que ni en Europa se había documentado con tal claridad. Este hallazgo, aunque poco conocido fuera de círculos especializados, es un ejemplo de cómo su mirada científica estaba profundamente enraizada en la realidad venezolana.

Pero, lo que hace a José Gregorio Hernández una figura tan singular, seguramente es la manera en que tejó ciencia y humanidad, pues, no era un médico encerrado en su laboratorio, caminaba por los barrios humildes de Caracas, atendía a los enfermos, y muchas veces, les dejaba dinero o medicinas. Predicaba una ciencia cercana, una ciencia con rostro humano, con manos que curaban y oídos que lograban escuchar atentamente. Así, en una época en la que la esperanza de vida en Venezuela apenas superaba los 30 años, y enfermedades como la malaria, la tuberculosis o la sífilis diezaban a la población, su labor médica fue un acto de resistencia y de amor. No se trataba solo de curar cuerpos, sino de dignificar vidas.

José Gregorio Hernández y la fe

Entrando en su dimensión más espiritual, el Dr. José Gregorio Hernández, ahora San José Gregorio Hernández, quiso ingresar en la Orden de los Cartujos en Italia y logra una recomendación en el año 1907, de parte de la conferencia con el arzobispo de Caracas en Venezuela; permanece allí de junio de 1908 a marzo de 1909. Pero por diversos problemas de salud Fray Marcelo, como sería llamado allí, regresa al país (Castellanos, 2022, p.167); es fundamental entender que la fe de Hernández no fue un acto pasivo ni una simple tradición heredada, sino una fuerza viva que guiaba cada uno de sus pasos.

En la historia de América Latina, la religiosidad popular no ha sido únicamente una manifestación de ritos, también se ha convertido una fuente de resiliencia, esperanza y transformación social. Hernández se sostuvo en esa categoría, porque su entrega no tenía límites, y su vida parecía ser un acto constante de fe activa, en la que la misericordia y la compasión eran las banderas más visibles. La fe que profesó y vivió, además, fue un testimonio que inspiró confianza en quienes lo rodeaban; en su presencia, se podía sentir la fuerza sagrada que impulsa a quienes creen en la capacidad del amor para cambiar el mundo.

El Papa Francisco (2023, 1:07–2:12), sobre el Dr. José Gregorio Hernández expresó:

Verdaderamente la caridad fue la estrella polar que orientó la existencia del beato José Gregorio, persona buena y solar de carácter alegre. Estaba dotado de una fuerte inteligencia, se hizo médico, profesor universitario y científico. Pero, sobre todo, fue un doctor cercano a los débiles, tanto, para ser conocido en la patria como el médico de los pobres. A la riqueza del dinero prefirió la del Evangelio, gastando su existencia para socorrer a los necesitados. En los pobres, en los enfermos, en los migrantes, en los que sufren, José Gregorio veía a Jesús. Y el éxito que nunca buscó en el mundo, lo recibió y sigue recibiendo de la gente que lo llama: Santo del pueblo, Apóstol de la caridad, Misionero de la esperanza.

No es menor destacar que la fe de Hernández permanecía en diálogo con la ciencia, como también lo señaló el Papa Francisco (citado). La historia lo ubica como un ejemplo perfecto de esa unión, en donde el conocimiento no es separado del acto espiritual. La fe alimentaba su vocación, y esa vocación, al mismo tiempo, reafirmaba que la ciencia además de ser una herramienta científica y técnica, también es un acto de fe en la capacidad humana para aliviar el sufrimiento. En muchas ocasiones, en sus prácticas, se observaba esa combinación en la que la ciencia y la fe se complementaban sin conflictos aparentes: ambas provenían del mismo amor profundo por la vida y su deseo genuino de aliviar el dolor y traer esperanza a quienes sufrían. Su historia revela que esa mirada de fe no era una simple creencia, sino más bien, una fuerza transformadora que movilizaba acciones concretas, que daba sentido a cada acto de curar y cuidar.

Su beatificación el 30 de abril de 2021, tras el milagro realizado, según la Iglesia Católica, bajo su intercesión, a Yaxury Ortega Solórzano, quien recibió un disparo en la cabeza en un asalto y fue dada por desahuciada por los médicos (El Nacional, junio 13, 2025) y luego su canonización producida el 19 de octubre de 2025, en el contexto latinoamericano, va mucho más allá de la mera inscripción en la lista de los santos, es un acto que confirma que la espiritualidad activa, la que verdaderamente inspira acciones concretas y transformadoras, sigue siendo una fuerza vital entre los hombres, y es allí donde, El Médico de los Pobres, como es conocido el Dr. Hernández, emerge como un ejemplo vivo que da cuenta de una verdadera fe, esa que no es sólo aceptación pasiva, sino una fuerza que impulsa a la acción, que invita a la esperanza activa y que, en esencia, propone un compromiso radical con la dignidad humana.

Lejos de representar una religiosidad superficial o una simple veneración, su figura puede entenderse como una llamada a integrar esa espiritualidad en nuestros esfuerzos cotidianos. La fe, según Hernández, no es solo un refugio, sino también, un motor de transformación social. En esa línea, su vida nos muestra que el acto de creer en algo más grande que uno mismo puede ser la base para construir mundos más justos, compasivos y humanos.

El Doctor José Gregorio Hernández, hasta el día de su muerte, asistió a misa, atendió a los enfermos y murió nombrando a la virgen, el Papa Francisco (citado, 6:09-6:57) expresó:

Llegamos así al 29 de junio de 1919, un amigo le visita y lo encuentra muy feliz; José Gregorio se había enterado de que se había firmado el tratado que pone fin a la guerra, su ofrenda de paz ha sido acogida y es como si él presagia que su tarea en la tierra se ha terminado. Esa mañana, como era habitual, había ido a misa y entonces baja por la calle para llevar una medicina a un enfermo, pero mientras atraviesa la calle es atropellado por un vehículo, llevado al hospital, muere pronunciando el nombre de la Virgen. Su camino terreno concluye así en una calle mientras se realiza su obra de misericordia y, en un hospital, donde había hecho de su trabajo una obra maestra de bien.

El Papa Francisco, nos revela a un hombre cuyo compromiso con la vida y la fe permaneció intacto hasta el último instante. La forma en que describe su rutina, asistiendo a misa, atendiendo a los enfermos y falleciendo mientras pronunciaba el nombre de la Virgen, transmite una profunda cercanía con su

vocación de servicio y una entrega que sobrepasa lo terrenal. La manera en que el Papa relata ese día fatídico, como si fuera un acto de cierre simbólico, muestra la coherencia entre sus acciones y sus creencias, pero también apela a esa sensibilidad que la escena despierta en quienes lo escuchan: un hombre que convirtió su trabajo en una obra de misericordia, en un acto de amor auténtico, incluso en los momentos más difíciles. La historia, con su carga sutil de emotividad, conecta con esa idea de que la verdadera misión de Hernández no terminó en su muerte, sino en su ejemplo, que aún continúa iluminando caminos en un mundo que necesita de tanta compasión.

Reflexiones finales: La continuidad del ejemplo

El recorrido por la vida y obra de José Gregorio Hernández pareciera entregarnos una especie de acercamiento profundo a la verdad: que la universalidad no reside solo en los discursos grandilocuentes o en los logros visibles, es en realidad, una suma de gestos sencillos, pero llenos de significado profundo. Su ejemplo no se limita a una sola dimensión, más bien, se presenta como una amalgama de pensamientos, acciones y creencias que se complementan entre sí.

Desde la filosofía, este hombre virtuoso, muestra que la reflexión sobre el ser no tiene por qué ser un ejercicio abstracto, más bien, deberá ser una forma de entender cómo vivir. La filosofía, en su visión más cercana, se vuelve una guía orientadora, una herramienta práctica para enfrentar las dificultades cotidianas. La sensibilidad ética en su obra habla al corazón, y la honestidad con que vivió nos invita a pensar que el verdadero conocimiento se mide también por cómo se pone en práctica en favor de los demás. La sabiduría que se acumula en las palabras y florece en esas acciones que parecen pequeñas, pero que dejan una huella imborrable.

En el terreno de la ciencia, Hernández refleja que el conocimiento técnico, cuando se llena de humanidad, se torna en una forma de servicio. La medicina, más que una técnica, puede convertirse en un acto de amor. La inserción del microscopio en su práctica es un logro técnico y también una muestra de su compromiso con la comunidad, con la idea de aliviar el sufrimiento, con la convicción de que la ciencia no es un fin, sino un medio para potenciar las capacidades humanas en los que menos tienen; esto revela que la innovación verdadera tiene un impacto, y que su valor trasciende el laboratorio para instalarse en la vida de la gente.

En cuanto a la fe, Hernández no parece verla como una creencia pasiva, sino como una energía que impulsa acciones concretas. La fe que guía sus pasos es la que inspira la entrega cotidiana, el cuidado sincero, la compasión visible en las pequeñas acciones que muchos pasan por alto. La coherencia entre sus creencias y su vida demuestra que la espiritualidad, cuando se vive con autenticidad, convierte cada acto en un acto de amor. Esa fe activa, impregnada de esperanza y entrega, indudablemente deja la enseñanza de que la dignidad de cada persona merece ser cuidada con dedicación y fe en la humanidad.

Por todo esto, ese legado invita a repensar qué significa realmente el conocimiento, la espiritualidad y la ética, en reconocer que éstas no están divididas, sino que se potencian mutuamente cuando se cultivan desde la sinceridad. En su sencillez, nos propone que la grandeza puede encontrarse en las pequeñas acciones diarias, en las decisiones honestas y en esa mezcla de ciencia, filosofía

y fe que, si se vive con corazón, puede cambiar vidas. En definitiva, es una historia de un santo y también un recordatorio permanente de que en cada uno yace la posibilidad de dejar huellas profundas, si se aprende a actuar con amor y con sentido.

Referencias

- Academia de Mérida (2020). José Gregorio Hernández, biografía de la ejemplaridad. Disponible en: <https://goo.su/SsY7z>
- Briceño-Iragorry, L. (2005). José Gregorio Hernández, su faceta médica. (1864-1919). Gaceta Médica de Caracas, 113(4), 535-539. Disponible en: <https://goo.su/cKzfcP>
- Castellanos, R. (2022). El milagroso médico de los pobres en Isnotú. 1.a edición Fundación Editorial El perro y la rana. ISBN: 978-980-14-5081-8. Disponible en: <https://goo.su/Sk3rNl>
- El Nacional (junio 13, 2025). El cardenal Porras celebra la inminente canonización de José Gregorio Hernández y Carmen Rendiles. Diario Web Disponible en: <https://goo.su/8fGsjGd>
- Giacopini, M. (2014). Dr. José Gregorio Hernández Cisneros. Ilustre Venezolano, Estudiante, Médico, Profesor e Investigador de la Universidad Central de Venezuela. Tribuna del Investigador, 15(1 y 2). Disponible en: <https://goo.su/NQJ7q>
- Hernández, J. G. (1912). Elementos de filosofía. Tip. emp. El Cojo. Disponible en: <https://goo.su/w2GEJc>
- Ministerio del Poder Popular para la Cultura (2022). Un día como hoy 26 de Octubre, nació el Dr. José Gregorio Hernández. Disponible en: <https://goo.su/fEXXXo3>
- Núñez, J. (1924). Dr. José Gregorio Hernández, ensayo crítico biográfico. 1ª ed. Imprenta Nacional. Caracas.
- Papa Francisco. (2023). Papa Francisco sobre José Gregorio Hernández [Video YouTube]. Disponible en: <https://goo.su/0mNxTGw>
- Vidal, L. (2014). José Gregorio Hernández: sabio y venerable. Revista de la Sociedad Venezolana de Microbiología. Disponible en: <https://goo.su/ot5uJ>

Manuel Eduardo Azo Piña: Doctor en Ciencias de la Educación (UFT); PhD en Hermenéutica y la Interpretación Científica (UNEY); PhD en Educación Matemática en la transmodernidad; PhD en Filosofía e Investigación; Locutor Profesional de la Fundación Académica Comunicacional Barinas; Profesor categoría asociado en la Universidad Nacional Experimental del Yaracuy, adscrito al Espacio Académico Ciencia y Cultura de la Alimentación en las unidades curriculares: Matemáticas y Estadística Aplicada, Buenas Prácticas de Fabricación de Alimentos, Investigación en Ciencias de la Alimentación II, Coordinador de Extensión y Educación Continua (UNEY); Miembro del Consejo General de Postgrado de la UNEY; También Fue Docente Universitario en el Colegio de Administración y Mercadeo (CUAM); Profesor de Postgrado en la UFT; asesor de trabajos especiales de grado, especialidades, maestrías y doctorados en UFT, Universidad Tecnológica Sucre (UTS), Universidad Nacional Abierta (UNA), UNEY y UPEL. Posee publicaciones arbitradas en la Revista In Situ de la Dirección de Investigación y Postgrado de la UNEY, Revista Scientiarum de la UFT; también ha participado con aportes para diversos libros, es autor del libro *Arístides Bastidas. Un Centenario de su Nacimiento*. Ha fungido como árbitro de artículos científicos y ha sido ponente en diversas conferencias y seminarios nacionales e internacionales.